

EL MUNDO DE

M A R I A

Influencia de la fe del pueblo en los dogmas marianos

por MARCELINO GONZALEZ-HABA

SI bien es cierto, que, siguiendo la estela luminosa alumbrada por el genio del gran Padre de la Iglesia San Agustín, podíamos exclamar: ¿Habló Pedro? ¿Sancionó Pío IX el dogma de la Inmaculada? ¿Decidió el Cristo en la tierra, que María había sido concebida sin el denigrante pecado de Adán? *causa finita est*, también es verdad seductora que fué la misma celestial Señora, la que en su resplandeciente aparición del 25 de Marzo del año de gracia de 1858, a requerimientos suplicantes de la afortunada Bernardita, pronunció estas encantadoras y memorables palabras:

—*Yo soy la Inmaculada Concepción*—. O sea, que la propia Santa Madre de Dios se atribuye el nombre o título augusto de Inmaculada, señalado con caracteres absolutos y forma sustancial, la divina excelencia que le había sido otorgada por la Trinidad Omnipotente, desde el principio sin principio, de todos los tiempos: La Virgen, quiso en aquel instante, atestiguar con su real presencia el dogma de la Iglesia, sobre su impoluta limpieza original.

Y así fué; ciertamente. Pues que esta victoriosa y acariciante manifestación de la Purísima a la humilde pastorcita de Bartrés, representa un reconocimiento expreso del dogma inmaculista, y en frases de luz del llorado y santo Pontífice Pío XII: «Como si la Bienaventurada Virgen María, hubiese querido confirmar, Ella misma, al parecer, mediante un prodigio, la sentencia firme que el Vicario de su divino Hijo en la tierra acababa de proclamar con aplauso de la Iglesia entera».

Ya salta, de esta conjunción feliz, entre Roma y Lourdes, como de fresco y abundante hontanar, la ardiente devoción popular y teológica, que arranca como de su más brillante gema, de la proclamación del

dogma delicioso de la Inmaculada y que inaugura o inicia el siglo dorado de la Mariología, con tan acusada preponderancia en nuestros tiempos, vivamente robustecido por la asistencia divina y las intervenciones sobrenaturales de Lourdes y Fátima, para desembocar, como un torrente de gracias, en la definición dogmática de la Asunción de María a los cielos.

Los más esclarecidos teólogos católicos, eminentes operarios de la Mariología moderna, están de acuerdo al apreciar los ricos quilates de espiritualidad que atesora este florecimiento mariológico: La definición dogmática de la Inmaculada, ha dicho el famoso P. Bover, fué la gran señal aparecida en el cielo que abrió una nueva era, no sólo para la piedad, sino para la ciencia mariológica. El dogma de la Inmaculada, escribe el ilustre P. Alonso, representa un avance de siglos en la Mariología, pero sus frutos no comienzan a recogerse hasta nuestros días. Los últimos cien años, dice el gran teólogo Feckes, se han caracterizado por un desarrollo y progreso creciente de la ciencia mariológica, pudiendo contarse con una verdadera floración de la piedad mariana. Y para el célebre mariólogo italiano Roschini, la encíclica *Ineffabilis*, de Pio IX, fué decisiva para el triunfo de las más insignes prerrogativas de María: Muchos más numerosos testimonios autorizados pudiéramos aducir.

Hasta los últimos pontífices, han proclamado este aire renovador y jubiloso de la Bula definitoria del dogma concepcionista, de modo especial, San Pio X en la *Ad diem Illum* y Pio XII en la *Munificentissimus Deus*, recordando también en la inolvidable, Fulgens Corona, «Que la iglesia católica entera recibió con alborozo la sentencia del Pontífice al definir el dogma inmaculista y con ello se reavivó una ferviente piedad de los fieles a la Santísima Virgen... y así mismo, cobraron nuevo impulso y vigor los estudios con los que la dignidad y santidad de la Madre de Dios, brillaron con más grande esplendor».

Bastaría contemplar el campo ilustrado y sacro de la Iglesia, su belleza íntima, su peculiar pujanza, florecido de rosas de caridad, de lirios cárdenos de pasión, de violetas de humildad, regado con el sudor de Jesús, alumbrado por los claros resplandores sin sombra, de la impecable María Inmaculada, para admirar el hechizo de esas dos corrientes mariológicas paralelas, elaboradas por la inolvidable constancia y el esfuerzo común de los doctos y el corazón de los sencillos.

Porque el pueblo cristiano, y singularmente la nación española, tierra olorosa de María, que al decir del Pontífice Pio IX, «es la que

más fervoroso culto y devoción ha tributado a la Inmaculada», adivinó, por ese sentido misterioso de la fe operante, «sentido de Cristo,— *sensus fidei*—, que María no hubiera sido Madre idónea de Dios de haberla herido la espina de la culpa original: El pueblo cristiano, no podía tolerar, que el Cuerpo inmaculado de Cristo, se hubiera formado milagrosamente, en el seno de la Virgen de haber estado un solo instante manchado: Aquí, la comunidad, o pueblo cristiano, amante de la Purísima Concepción, va precediendo a sabios y teólogos, con la venturosa bandera azul del inmaculismo en alto.

Sin vacilación, este prodigioso *sentir de los fieles*, el *sensus fidelium*; fué uno de los más armoniosos fundamentos utilizados por este gran Pontífice Pio IX, para la definición dogmática de la Inmaculada, así como de idéntica forma, en la proclamación del dogma asuncionista, por el santo y venerado Papa, Pio XII, tuvo una copiosa participación, el fruto sagrado de la fe y el sentir del pueblo creyente.

«Nos deseamos conocer, decía Pio IX, a los obispos del orbe, los sentimientos del clero y del pueblo respecto a la Concepción de la Virgen Inmaculada», al propio tiempo que requería el pensamiento de cada prelado.

Y ante el testimonio pleno y ecuménico de la Iglesia, docente y creyente, el Papa sintió en su pecho, entusiasmado, por las glorias de María, la certidumbre de que había llegado el momento decisivo del dogma de la Inmaculada Concepción de la Santa Madre de Dios, recordando en la Bula *Ineffabilis* que: «Así lo demuestra la singular conspiración y convencimiento unánime y universal de los pastores y fieles».

Mas este profundo sentir piadoso del pueblo cristiano, y de manera especial España, tan perdidamente enamorada del misterio inmaculista, ha tenido claros reflejos en la exaltación de los nobilísimos privilegios marianos que enaltecen hasta los más altos cielos a la siempre Virgen María, llena de gozo, bendita entre todas las mujeres.

Ya, después de la llamada triunfal del dogma de la Virgen Asunta, sin posible corrupción, las arduas y fecundas tareas de los teólogos y la devoción de los fieles, van derechamente encaminadas al logro o conquista de la definición por la Iglesia, «como guardadora y vindicadora de las verdades a ella confiadas», de estas otras prerrogativas marianas denominadas sociales por algunos teólogos contemporáneos, que nos quedan para completar la corona inmortal de María.

Nos falta el dogma, consolador y apremiante de María, Mediadora

y Distribuidora de todas las gracias. Tenemos que invocar del cielo el preciado don de la Maternidad sobrenatural y benéfica de la Virgen, sobre todos los hombres. Hay que rogar con insistencia para que, esta celestial Señora, sea pronto, pronto, declarada por la palabra del Vicario de Cristo, Corredentora, *socia* de su Hijo Jesús. Que, esta pobre humanidad doliente y extraviada, reconozca a Maria como Reina y Abogada de los pecadores, Emperatriz de cielos y tierra, Madre de Misericordia, reforzando así, cada vez más, la obra salvífica de Jesús, con la entrañable y llameante caridad de Maria Inmaculada, zarza bíblica, que arde sin consumirse.

Cuando llegue la hora señalada por Dios, seguro que la Iglesia infalible bajo la inspiración del Espíritu Santo, adornará las celestiales sienes de la Virgen con estas nuevas y lucientes estrellas, chispeantes del oro y luz purísima de sus privilegios incomparables. Pero, está en cada uno de nosotros, acelerar con súplicas ardientes y una amplia divulgación mariológica, estos momentos deseados por los verdaderos devotos de la Virgen, como en los dogmas de la Inmaculada y de la Asunción, en los que tan decisivo influjo tuvo el *sensus fidelium*, el clamor del pueblo cristiano, tan gallardamente ensalzado por el Cardenal Tisserant.

Y, además, porque la devoción a Maria, risueña aurora de gracias, nos lleva necesariamente a Jesús, sol divino de justicia y santidad, según la fórmula tradicional de la Iglesia y de los santos:

A Jesús por Maria, al reino de Jesucristo por el reinado benéfico del Inmaculado Corazón de Maria.



Tres muestras de PASTERNAK juvenil

Traducidas por FRA CIRANO DE VELASCO

He aquí como tú comienzas. A los dos,
te apartas de la tata y te zambulles
en la triste soledad cantante:
ajeas y gorjeas, ulular de infante.
A los tres años, las palabras bullen.

He aquí como tú comienzas a entender.
La turbina zumba y todo es otra cosa distinta
otra cosa, no lo que es,
Tú no eres tú, la casa tierra extraña,
la madre no es madre. Todo engaña,

¿Por qué esa belleza arrebatadora
se desliza y trepa sobre el banco lila,
en el crepúsculo rojo?
- «Señora, quiere echar a su niño maldejo».
Así es como la sospecha se siembra y germina.

He aquí como el temor cuaja y madura.
En que una estrella de su curso se ha salido,
un hombre, acaso, insista.
¿Qué o quién es él: - Fausto o fabulista?
Así es como los gitanos imponen su albedrío.

He aquí como la mar, de improviso,
sobre la barda urbana, su tremenda belleza,
como un suspiro, cierne,
allí donde creías que las casas estaban.
¡Qué libre el verso: libre cuando empieza!

He aquí como las noches de verano y estrellas
te llaman al ser -
¡Póstrate en la sementera! - ya amaga
la aurora con sus guiños de mujer.
Así comienza con el sol sus querellas.
Así es como tú comienzas a vivir la Poesía.